

Danté, el infierno prometido

hugo valdez



DANTÉ

El infierno prometido

H.E.V.G

Capítulo 1

Un jeep militar brinca desde la colina y aterriza con fuerza en la pendiente. Sin artillero, zigzaguea por el terreno húmedo. Detrás de él, otros tres lo siguen, con todas las luces delanteras prendidas y las torretas trasera disparando hacia la retaguardia.

El sonido del motor es ahogado por el estruendo de las armas y los casquillos que caen en la cajuela. Los gritos apenas son audibles, pero lo que sea que en la noche se mueve, se escucha claro. Para el horror de los hombres, miles de pisadas los persiguen.

En el vehículo principal, dos jóvenes soldados intentan que un hombre mayor, con un agujero de diez centímetros de diámetro en el abdomen, no fallezca. El conductor, un señor de la misma edad que el moribundo, interactúa con el tablero computarizado sin deja de ver el camino.

–Vamos, presidente –dice uno de los chicos mientras el otro coloca una placa de metal en la herida–. Todavía no se ha acabado.

–Que... das... a... a... –vomita sangre–. Gun... trans... –le da una convulsión que le rompe la espina de un movimiento.

–¡Maldición! –lanza la placa hacia un lado– ¡Qué diablos pasa! ¡Esto no debió ser así!

–¡Pero así es! –responde su compañero. Una explosión los hace mirar al resto de los vehículos. Las luces de dos son engullidas mientras una columna de fuego muestra siluetas difusas.

–Vicepresidente, ¿qué de...?

–¡Cállense los dos! –golpea el tablero. Una pantalla táctil surge frente al asiento del copiloto–. ¡Uno a la torreta y el otro aquí conmigo! ¡Todavía no acabamos con esto!

–¡Sí, señor! –ambos toman posiciones.

–¡Klisthe empieza los preparativos para la transmisión! ¡Yaot! ¡no dejes de disparar!

Sin el ruido de los demás motores, se escuchan impactos. No de la carne

siendo perforada, sino del metal chocando con otro.

-Dios mío... -dice el artillero dejando de atacar.

-¡Qué sucede!

-El barranco desapareció.

-¿Qué?

-¡El barranco desapareció! -El hombre le pega al volante.

-¡Klisthe, emite un mensaje de emergencia! ¡Que todo el personal se prepare para abandonar el planeta! ¡Necesito los tanques y todo el arsenal listo para la batalla! ¡Debemos evitar que alguna de esas criaturas traspase!

"¡Yaotl... deshazte del peso muerto! -El chico lanza el cuerpo del presidente- ¡Sigue disparando! -el auto vuela y aterriza bruscamente-. Ya casi llegamos.

Capítulo 2

Los reclamos cesan cuando un hombre de cincuenta años, de corte y porte militar, entra. Viste un elegante traje, corbata de diseñador y una pulsera de platino. Camina hacia el frente, ignorando las miradas de descontento y los murmullos.

Un cilindro surge del piso, frente a la primera fila de la audiencia. Los presentes, personas con ropa formal y una tableta plateada, se acomodan en sus asientos. Solo hay uno de pie, sin ningún accesorio, mirando todo desde la parte posterior del lugar.

La sala alberga a treinta individuos, sin incluir al recién llegado. Los espectadores están sentados en silla flotantes. La parte esférica inferior se mantiene en su lugar con un halo azul tenue, que se conecta con otro igual en el suelo. Las paredes, lisas y grises, y el techo iluminan el lugar sin lámparas o focos visibles.

–Buenas tardes –dice el hombre al llegar detrás de la estructura metálica. Su voz no puede ocultar los años en la milicia–. Es grato verlos a todos en esta nueva misión de Nuevas Fronteras. Me da gusto que los representantes de los grupos de mercenarios, todavía respondan al llamado. Pero esta no es una reunión para recordar viejos tiempos –el lugar se oscurece, solo la pared detrás del hombre del podio se mantiene con luz–. Después de años de fracasos, el portal mostró un nuevo mundo habitable y con condiciones para que sobrevivamos sin necesidad de maquinaria.

“En cuanto los drones lo confirmaron, enviamos equipos de exploración –en la pared, a la izquierda del hombre, se muestra un mundo con agua verdosa y tierra de diferentes tonos rojos. A la derecha, varias imágenes de plantas y animales–. Danté es el nombre del nuevo mundo –varios susurran–. A pesar del posible choque de ego, se nombró después del incidente –las imágenes de la flora y fauna cambian a dos fotos: la de arriba muestra un pequeño pueblo con algunas defensas y edificios primordiales; la de abajo, un par de varas de metal enterradas–. El puesto de avanzada fue arrasado en el día veintinueve. –Los murmullos inundan el lugar, algunos se mueven incómodos en sus asientos.

“Como saben, usamos Mihtal. Hasta ahora es el metal más resistente, maleable y ligero que tenemos. Aún así, fue cortado, doblado, abollado y derretido. Los cortes son limpios y no parece que haya sido difícil para los atacantes destruir las estructuras. –La luz regresa y las imágenes desaparecen–. El foro es de ustedes, señores. Espero que hayan elegido bien sus preguntas.

–¿Qué datos tienen? –pregunta uno de la tercera fila.

–Ninguno. Nada se salvó y no hubo muestras relevantes. Tenemos información de la fauna y flora diaria. Ninguno puede hacer semejante daño.

–¿Algún sobreviviente o rastro? –hablan desde la primera fila– ¿Por qué los respaldos no mostraron lo sucedido?

–Ni siquiera hay sangre en las cercanías. Todo fue limpiado a la perfección. –El silencio se asienta y muchos hablan entre sí^{3/4}. En cuanto a la segunda pregunta, los drones no pueden transmitir por tres días. Al primer día del mes en Danté, la maquinaria se activo, la que no fue destruida.

–¿Qué hay de la fauna local? –pregunta el hombre de pie–. ¿Algún cambio antes del desastre?

–Solo uno –detrás del podio aparece una imagen de una enorme Catarina con el tórax brillante–. Es una especie de luciérnaga sin alas, con enormes patas delanteras que sirven para excavar. Por lo menos eso nos reportaron. La noche del desastre, estas criaturas se enterraron.

“Días después enviamos más drones de exploración, en busca de los atacantes. Solo encontramos varias variantes más de la luciérnaga –aparecen diversas imágenes del mismo insecto, solo que con diferentes características: algunos con aletas, alas, garras, diferente color y de menor o mayor tamaño–. Lampyridae Darwiniana. Luciérnaga de Danté o Insecto solar.

–¿Insecto Solar?

–El sistema solar en el que se encuentra es de lo más extraño que hemos documentado ^{3/4}aparece una imagen en la parte trasera^{3/4}. Es una estrella enana detrás de un cuerpo celeste semitransparente. Eso evita que la radiación sea perfecta para la vida como en nuestro planeta, sin embargo, es suficiente para albergar vida nocturna.

“Los datos de observaciones especulan que estos insectos absorben la radiación y la amplifican durante veintiocho días. Los tres días posteriores, se entierran en la montaña, arena o en el lugar más cercano, provocando que la temperatura baje y una luz tenue en todo el mundo. No hemos podido abrir uno para estudiarlos más a fondo. Nada puede dañarlo.

“Los drones detectaron a varios que se meten en el magma del planeta, soportan la presión de las profundidades, derrumbes y avalanchas. Son completamente invencibles. Hasta que no tengamos algo con que perforar su caparazón, son considerados una vida clase SS. La primera en nuestra

historia.

–¿No creen que exageran? –pregunta uno de la quinta fila– Solo es un enorme insecto inofensivo.

–Ninguna arma puede destruirla, recibiría otra S si fuera agresiva.

–Vuelven las charlas. Algunos asienten, otros se cruzan los brazos–. Por la falta de datos, necesitamos un campamento que dure los tres días sin datos. No solo los posibles materiales de la fauna importan, también todos los minerales que se pueden encontrar.

–¿Será un despliegue? –habla levantándose un señor de mayor edad.

–Sí. Las tres naciones del mundo apoyaran a Nuevas Fronteras. Hablamos de toda clase de equipo, incluso las que están en fase experimental o son secretos de estado.

–¿Por qué se arriesgan las naciones a tanto? –el viejo mueve la cabeza negativamente–. Esa no es una buena señal.

–Es una buena oportunidad para saber si sus armas serán eficaces en la próxima guerra o si podrán sobrevivir a los desastres de las nuevas armas. Lo único que no enviaran son la bomba Z ni ninguna termonuclear.

–El silencio permanece en la sala. Los hombres usan sus tabletas, algunos, al parecer, hablan o mandan mensajes de voz–. Si nadie tiene otra pregunta, terminamos con esto. Pueden retirarse.

Capítulo 3

El hombre recorre el pasillo sin prestar atención a las personas que inundan el lugar. El corredor de grises paredes alberga un sinfín de científicos, militares y artefactos extraños. El techo plateado proyecta diversas imágenes, acompañadas por una breve descripción de cada una, y el immaculado piso rojo resalta las cosas que caen por descuido.

–Terly –se detiene y se vuelve. El representante, que miraba desde lo profundo de la sala, lo alcanza.

–Ulit, ¿qué es lo que quieres?

–Puedes engañar a ellos, pero a mí no. ¿Qué les estás ocultando?

–¿Por qué crees que es así?

–Estoy seguro que las naciones prefieren que haya una discreción total sobre el incidente. Si decir que no hay datos es mejor que la verdad, entonces es más grave de lo que quieren aparentar.

–¡Maldición, Ulit! –lo toma de la solapa y lo lleva hasta una pared. Lo mira un momento, luego hacia un lado–. Sígueme rápido –lo suelta y caminan.

Dan unos cuantos pasos hasta que una pared se abre, ambos entran. El pequeño cuarto es blanco con una plataforma dorada. Ésta sube cuando ambos están a la mitad del lugar.

–Hay datos preocupantes sobre lo sucedido. Diversas criaturas salen en la oscuridad, hordas que devoran y destruyen todo lo que hay a su paso.

–¿De cuántos?

–Miles por lo que se puede apreciar –se detienen frente a una puerta de madera. Terly abre y entran a la habitación.

Es una oficina llena de animales disecados, un monitor que tiene diversas imágenes, una mesa de operaciones, docenas de servidores que despiden una luz blanca y, en el fondo, un escritorio frente a una enorme ventana que deja ver el mar y toda la flora de los alrededores.

Varias plantas aromatizan el lugar. La frescura del verano viaja por toda la habitación gracias a los ventiladores y algunos aspersores, pequeños y en diferentes lugares, mantienen húmedo el lugar

–¿Qué más? –caminan hacia el escritorio. Dos sillas se alzan del suelo,

uno detrás de la mesa, la otra, enfrente.

–Son como enjambres. Se componen de diferentes animales, con características aterradoras.

–¿Qué les hizo el puesto de avanzada?

–Nada –toca la superficie y se muestra una grabación.

El sol oscurece y la imagen tiembla. Se ven a los hombres encender luces y continuar con sus labores. Unos minutos después, la alarma suena justo cuando el sonido de disparos inunda el lugar. En ese momento, la cámara se eleva hasta lo más alto, mostrando todo el panorama del asentamiento.

De ambos lados, cientos de criaturas destruyen todo lo que encuentran a su paso. El video cambia a modo nocturno cuando todas las luces han desaparecido. Esas criaturas combaten sin detenerse, despedazando a su contrincante, aplastando los cadáveres de sus aliados y llegando, a veces mutilados, al siguiente oponente.

–Ellos solo estaban en medio –se ven miembros volando, armas destruidas y diversas explosiones–. Son tres días de batalla sin cuartel. Parece que sus números no tienen fin. Unas horas antes de que las luciérnagas volvieran, todo se limpia y desaparecen.

–¿Nos envías a una zona de guerra continúa?

–No es solo eso –la proyección cambia a una cadena de ADN–. Se cree estos animales pueden proporcionarnos tecnología de modificación de genética.

–¿Por qué?

–Al explorar el espacio cercano del planeta, se descubrió dos cosas: no es nuestra galaxia y es posiblemente un mundo modificado genéticamente hace... millones de años. –Una estación espacial orbita sin rumbo. No hay luces y las puertas del hangar están abiertas. La imagen se adentra para mostrar el perfecto estado preservación de la estación–. Mientras unos están en el planeta, otros irán a la orbita a extraer todo lo que se encuentre.

–Eso tomará más de un mes.

–Por eso hay que aguantar. Veintiocho días para preparar todo y otros para recolectar lo que se pueda. Es una misión a gran escala, que dejará

millones en unidades de ganancia.

–¿Por qué me cuentas todo esto? –Se acomoda en su silla. Un puro desciende junto con un encendedor.

–Sé que no serás el único que vendrá exigiendo la verdad –lo enciende. Inhala lentamente y saca el humo–. Posiblemente, cuando los representantes les informen a sus directivos, varios vendrán.

–¿Dos equipos?

–Correcto. Los que se conformen con la explicación que di hoy, explorarán la superficie en busca de información que ya hemos recolectado. El resto irá arriba, a obtener el botín.

–¿Qué hay de las naciones?

–Apoyarán a los dos grupos mientras levantan las posiciones de defensa. Si estás cosas vuelven a atacar, necesitamos toda la ayuda posible.

–¿Tan temidas son?

–Lo que viste es una grabación a medias. Antes de saber cuántas hordas hay, algo destruyó los drones desde el aire. Este planeta es un pandemonio. Podemos suponer que es una lucha constante en tierra, aire y mar.

“El planeta es diez veces más grandes que la tierra. Mares profundos, montañas imponentes y por lo que hemos podido recolectar –la imagen cambia a un desierto donde hay inmensos huesos–, hay colosos. Más de los que hemos podido imaginar.

–¿Tenemos la potencia para enfrentarnos a esas cosas?

–Lo descubriremos. –Apaga la proyección.

–¿Descubriremos?

–Iré con ustedes. Sinceramente, me aburro detrás de este escritorio y una buena batalla me ayudará a recordar los días de caza.

–Con todo respeto, no será un paseo.

–No es el primer mundo al que entro. Los peligros son graves si no se va con el equipo adecuado. En esta misión, iremos con lo mejor de lo mejor que existe en las tres potencias del mundo.

-Espero que sea suficiente.

-Así será -se levanta-. Así será o moriremos como los soldados que somos.

Capítulo 4

La fila avanza y los jóvenes semidesnudos se adentran en la enfermería. Docenas de chicos, entre los quince y veinte años, de diferente tez, raza, tamaño y cuerpo, esperan en silencio. Ignoran lo que sucede a su alrededor.

Rodeados por docenas de hombres con extremidades robóticas, jaulas de animales vacías, que las llevan en una cama con piernas robóticas, y la suciedad impregnada en cada rincón, que libera un hedor de sudor, sangre y otros olores que se esconden entre los más penetrantes.

Los descalzos pies de los muchachos se resbalan. El gris metálico apenas se nota entre tanto revoltijo de colores. Líquidos rojos, verdes, amarillos y demás tonos se escurren por las paredes, gotean del techo y se estancan en algunos rincones. Moscas y mosquitos pasan zumbando cerca de sus oídos, algunos rugidos se escuchan, posiblemente alguna bestia en alguna habitación cercana, y el llanto de alguien, por el tono, de una mujer o de un pequeño niño.

Los hombres a los alrededores les gritan a los jóvenes. No solo insultos, provocaciones, alguna descripción de lo que les harán o pasarán; proposiciones y burlas por su fisonomía delicada. Algunos tiemblan con los comentarios, otros sonríen y unos pocos permanecen con la mirada hacia el frente, inmóviles hasta el momento de avanzar.

–Demasiada carne de cañón –dice un hombre que mira la imagen enorme, que se proyecta en la pared, desde su escritorio.

La habitación es pequeña, oscura y solo con un escritorio. Detrás de él, la pared, aparte de los videos de seguridad de todo el complejo, proyecta una serie de nombres junto con el estado en el que se encuentra: vivo, muerto o incapacitado.

El hombre es un ciborg que viste un traje militar gastado de manga larga, con varias condecoraciones. No tiene ojos ni la tapa de su cráneo, todo ha sido sustituido por metal y circuitos. Gira en su silla, pone sus dedos metálicos en la superficie del escritorio e inspecciona los documentos que se proyectan frente a él.

La puerta se abre.

–¿Ya está todo, Ulit? –le pregunta sin mirarlo.

–Detesto ese visor.

-Es de lo más útil.

-Pensé que era ilegal porque tiene un sistema de pirateo cuestionable y que puede ver a través de todo.

-Por eso es perfecto. -Desaparece los hologramas con su mano izquierda-. Aparte me ayuda a leer y comprender sin perder el tiempo.

-Coronel...

-General, Ulit, General. Si esos idiotas me degradaron por el bien que le hice a la Federación, no me importa. Yo sigo siendo El General Darlit Román López.

-Lo que usted diga, General -una silla desciende frente al escritorio. Ulit se sienta y mira los monitores-. ¿Cuántos son?

-Hasta el momento. Trescientos nuevos reclutas.

-Increíble que siga siendo su método de reclutamiento, los demás gremios...

-¿Los demás gremios? Te refieres a los otros once gremios, porque el resto son pretextos para mandar a sus hijos a lugares fantásticos, sin desembolsar más dinero.

-En eso tiene razón, pero la calidad de muchos de esos gremios es mucho mejor que la nuestra.

-Tenemos computadoras para la mayoría de las cosas. No necesitamos tanto.

-Está bien, no hablaré del tema. Aun así, aceptar a cualquiera de cualquier lado es peligroso. Tenemos gente de la Federación, del Imperio y del Reino. ¿No cree que se maten?

-Cuando el peligro está frente a ti, o confías en que el otro será una buena carnada o un buen apoyo, dependiendo de cada quien. Aparte, todos son despreciados por sus naciones. La mayoría vienen de las reservas, de los territorios de tercera y cuarta, o criminales que deben pagar así su deuda.

-La basura de la basura. Sin nada que perder... Eso también es peligroso.

-Bueno, Ulit, aparte de la basura de siempre, ¿de qué más quieres hablar?

-La información de la misión.

-Sí, ya me comuniqué con Terly. Me mandó los datos y los videos. Será una batalla memorable. Preferiría a mis chicos en la batalla, pero el botín de la estación podría colocarnos en la cima de los gremios.

-No tenemos nadie que ayude con la recolección de datos. No sabemos que tan avanzado sean sus protocolos de seguridad.

-Para eso están los drones de pirateo.

-Si las naciones se enteran que...

-No somos los únicos que tenemos de esos drones, y las naciones lo saben.

-Aún así, debes...

-La ventaja de esos dispositivos es que son de almacenamiento. No se pueden hackear a distancia ni sacarle información. Por eso los prohibieron. Muchos se equivocaron a la hora de recuperar sus datos y estallaron.

-Provocaron muchas muertes en todo el mundo.

-Así que no hay peligro. Entrenaremos a uno que se enfoque en extracción de información. Tenemos lo suficientes recursos para eso. En caso de que haya peligro, solo necesita equivocarse y los sistemas de seguridad se activaran.

-Está bien -mira el monitor-. Estos no son los que vamos a enviar.

-No. Son el reemplazo de los que perderemos.

Capítulo 5

Mientras los encargados del gremio hablan, el comedor comienza sus labores. Veteranos, reclutas y recién graduados llenan el lugar. La cafetería es igual de mugrienta y destartalada que el resto de las instalaciones. El techo gotea sobre las mesas, la barra de comidas y los bancos de madera. El moho invade cada rincón, cucarachas van de un lado a otro y ratas roen la comida petrificada que está en el suelo.

Los cocineros, hombres gordos con cebo y mugre escurriendo de su ropa, sirven sin ver a los comensales. Apestan más que toda la sala.

A veces se ríen de los novatos que piden más del puré o hacen una mueca al ver el agua verdosa. Los más testarudos, que intentan imponer su nombre, fama o la familia, son apartados a golpes. Esos niños malcriados se retiran con un chichón o toda la cara hinchada.

Las mesas, largas y de madera, con hongos, moho y demás seres que provoca la humedad, se tambalean. Los mejores asientos son ocupados por los que tienen partes de metal. No solo su rango les permite ese beneficio, los demás lugares se derrumbarían de inmediato cuando posaran su carne y metal.

–Menuda porquería –dice un chico pelirrojo, de ojos verdes y de un metro con ochenta centímetros. Arroja su bandeja a la mesa ocupado por un grupo variopinto, donde otros dos, del mismo tono de cabello, pero con una tez más clara y un poco más bajos, se quejan con una mueca–. Pensé que la comida mejoraría cuando termináramos el entrenamiento.

–¿Por dos semanas de antigüedad, querías mejor comida? –pregunta un afroamericano, que se ríe y se vuelve hacia los dos que están a su lado. Les habla en francés, lo que provoca que se rían sus compañeros

–Jerome, te recuerdo que las lenguas muertas están prohibidas por el reino hace varios siglos –habla el de tez apiñonada, rapado y con varios tatuajes en el rostro, brazos, manos y lo que se alcanza a ver en el cuerpo.

–Me parece hipócrita de tu parte decir eso, Alberto, cuando tú estás aquí por hablar en el mismo idioma.

–Hablé en un idioma que a sobrevivido por casi un milenio. Y no fue en el reino, tampoco es la razón por la que estoy aquí.

–Cállense los dos –interrumpe un rubio con barba poblada, una mirada perforante, porte militar y un peinado de casquete corto–. Hablen español,

inglés, ruso, chino o japonés. Si los vuelvo a oír, los ejecutaré.

–Alexei, estás muy lejos del imperio –habla Jerome, mira al rubio mientras detiene a sus compañeros–. Aquí no tienen ninguna autoridad.

–No me importa –sus dos compañeros, uno con rasgos japoneses y el otro con una marca en la frente, piel quemada y un turbante, se vuelven hacia el resto–. Aquí los más fuertes mandan.

–Yo te puedo romper la madre si no te callas –responde Alberto, y lanza una mirada a sus dos compañeros. Uno es güero, con varios tatuajes en el brazo, la mayoría representando masacres y símbolos de genocidio. El otro, es un chico de piel apiñonada, cabello corto, ojos negros, sin marcas en su cuerpo. Come tranquilamente, sin mirar a nadie–. Cualquiera de nosotros.

–¡Un animal nunca me ganaría! –la respuesta ocasiona que todos se levanten, excepto el que ignora al resto.

Cada uno se prepara. Sacan sus cuchillos de su cinto y los insultos vuelan. Los demás empiezan a animar la situación. Los veteranos se acomodan, los de mismo rango que los combatientes aplauden y empiezan a apostar, y los novatos se retiran con sus alimentos a un lugar seguro.

–¡Qué está pasando! –entra un hombre afroamericano, calvo, con dos prótesis metálicas, una en el brazo derecho y la otra, en su pierna izquierda. Trae uniforme militar, una gorra con su rango–. ¡Atención! –guardan sus cuchillos y todos regresan a sus asuntos–. Ustedes doce, vengan a mi oficina. –La mesa se desocupa y los muchachos siguen al militar.

El pasillo está semi-oscuro. Algunos focos mantienen la iluminación, pocos y separados unos de otros por lámparas fundidas. Caminan ignorando las ratas, las puertas chirriantes y a los heridos que llevan en camillas oxidadas.

El chirrido del metal oxidado, gemidos de los moribundos, algo araña las paredes y el olor a sangre se intensifica. Los pasos resuenan en algunos lugares, a veces salpican más agua a la carcomida pared.

Sin más, se detienen frente a un marco sin puerta; entran en orden. Los muchachos se colocan frente al escritorio metálico, mientras que el militar se sienta detrás.

El hombre toca la superficie del mueble y una cortina de metal cierra la habitación.

–Escuchen, pedazos de mierda, ustedes tienen la misión más importante y son los únicos de todo el gremio que comparten un escuadrón con diferentes nacionales por petición de la nueva misión. Ya se les explicó porqué y aún así hacen este alboroto. Deben dejar de llamar la atención.

–Con todo respeto...

–Silencio, novato –interrumpe a Alexei–. Si no se llevan bien, me importa más la mugre que se escurre por mi escritorio, la cucaracha que se come mi comida o la vida de mi hija prostituta, que sus diferencias.

“Son la escoria de la escoria. La basura que ni un maldito perro se come. Ni las moscas zumban alrededor de su fétido olor. Por la mayoría de ustedes, nos pagan para tenerlos aquí –se vuelve hacia Alexei– por sus crímenes en sus naciones, lo cual sorprende a varios, ya que sus países permiten la mayoría de sus delitos.

“Ahora. Quiero que se retiren directamente a su barraca y si llego a escuchar otra pelea, los sacaré a todos de la misión y los volveremos a sus respectivos lugares. ¿Entendieron?

–Sí, señor. –se levanta la puerta y comienzan a salir.

–Yaotl –se detiene uno de los compañeros de Alberto, el único sin tatuajes–. Tú y Klistei deberían controlar a su escuadrón.

–Con todo respeto, capitán –uno de los pelirrojos, el mediano, espera al chico–, mientras menos seamos mejor nos irá. Este escuadrón no es más que un arma cargada que trae un adolescente a la escuela. Ya sabe cómo termina eso, más en mi nación. Por lo que veo, a la hora de la batalla, posiblemente nadie de ellos sobreviva.

–¿Qué hay de ustedes?

–Señor –mientras Klistei habla, Yaotl se da la vuelta y sale–, como nos dijo a la hora de formar el escuadrón: cada quien cuida su culo.